

Construyendo la Casita Sagrada como refugio de la vida y la dignidad humanas

La familia es el espacio primordial donde la vida humana nace y se desarrolla hasta alcanzar su madurez. Es ahí donde se toma conciencia clara de la dignidad personal y la de todo ser humano.

“Construyendo la Casita Sagrada como refugio de la vida y la dignidad humana”, es un tema, por demás, interesante y complejo que toca el fundamento mismo de la vida humana y su valoración personal y social.

¿Qué significa un “refugio”? Algunos sinónimos son: amparo, protección, socorro, auxilio, custodia, *bunker*, etc. Refugio es el lugar en el cual encontramos todo eso, protección, amparo, custodia, seguridad, cobijo. Refiriéndonos a la familia, ésta se convierte en el lugar donde la vida encuentra las condiciones de seguridad para desarrollarse y alcanzar la madurez. Y no sólo eso, es refugio cuando la dignidad humana está garantizada. No es posible ser refugio de la vida si no se garantiza la defensa y promoción de la dignidad de las personas. Vida y dignidad humana van de la mano; la una sin la otra no puede realizarse positivamente. Encontramos aquí una de las dificultades notorias del tiempo que estamos viviendo, en este cambio de época que se caracteriza por la fragmentación de la realidad y la vida misma.

Esta visión fragmentada mira la dignidad humana como un agregado a la vida, como un accesorio que viene de fuera, que alguien puede manipular, ignorar o mover de sitio arbitrariamente. Hoy resulta complejo integrar y armonizar la vida y la dignidad de la vida humana. Un primer elemento importante en la tarea de ser refugio consistirá en fomentar una visión unitaria e integral de la vida y la dignidad; porque son inherentes. No pueden estar una sin la otra, aunque hoy haya quienes pretenden separarlas.

La imagen de la *Casita Sagrada* es muy sugerente y evocativa. La Santísima Virgen de Guadalupe pide a San Juan Diego que se le construya un Casita Sagrada para escuchar las suplicas y ruegos de sus hijos muy queridos, para escuchar los gemidos de un pueblo que está sufriendo por la conquista y cuya vida y dignidad están siendo pisoteadas, al grado de que los españoles se preguntaban si *aquellos naturales* eran seres humanos o bestias, si eran dignos o no de recibir los

sacramentos, en particular la Sagrada Eucaristía. Esto deja ver aspectos de la situación que estaban viviendo los pueblos originarios en esa etapa de la Historia de México, como quizá se sigue viviendo en muchos otros espacios del territorio nacional y en diversos ámbitos de la vida social de nuestra patria y del mundo. Por mencionar sólo algunos: la falta de oportunidades para los pueblos originarios, la pobreza y explotación de sus pobladores, ser considerados como clientes electorales y no como ciudadanos de este país. En el ámbito de la vida, las legislaciones sobre el aborto ahora tratan esta muerte como un derecho de la mujer mediante un amparo legal; la experimentación con embriones... cuestiones relacionadas con la fertilidad asistida, la propuesta y difusión de la eutanasia...

En estas circunstancias históricas, la petición de la Virgen de Guadalupe a Juan Diego es una voz que se eleva para ser escuchada a fin de *saber mirar* al indígena para que se le valore en su dignidad de hijo muy querido. La construcción de la Casita Sagrada vendría a ser la respuesta diligente a dicha *petición, a ese anhelo* en favor de toda vida humana para verla en profundidad y de manera integral; no sólo como estadística o como una pieza más en el engranaje social y, menos, para justificar posiciones políticas y económicas frutos de una visión meramente utilitaria. La imagen de la Casita Sagrada nos coloca ante el origen y la base de la vida y de la dignidad humanas: lo sagrado. Esta imagen nos remite al origen de la vida y, al mismo tiempo, a lo eterno, a lo sagrado, hacia Dios creador y Padre.

En el Proyecto Global de Pastoral n. 155 decimos: “Los Obispos mexicanos queremos ser continuadores de esta tarea. “Casita familiar” y al mismo tiempo sagrada, porque la proximidad se llena de la grandeza del Omnipotente. Sabemos bien que, donde Dios habita, el hombre no puede acceder sin ser admitido y entrar solamente “quitándose las sandalias” (Cfr. Ex 3,5) para confesar la propia insuficiencia. Y haber olvidado esto de “quitarnos las sandalias” para entrar, ¿no estará posiblemente en la raíz de la pérdida del sentido de la sacralidad de la vida humana, de la persona, de los valores esenciales, de la sabiduría acumulada a lo largo de los siglos, del respeto a la naturaleza?”.

Hace falta reconocer que a algunos se nos ha olvidado percatarnos de lo sagrado que hay en el ser humano y, esta pérdida de conciencia y memoria sobre lo sagrado está en la raíz de las faltas de respeto a la vida y a la dignidad humanas. Si quitamos al ser humano su sentido de trascendencia, termina éste siendo un simple

animal; sí, racional y social, pero enclaustrado en lo puramente inmanente; replegado en sí mismo y centrado en su condición terrena, material y caduca, lleno de necesidades sin satisfacer y de preguntas sin responder, pero desgastado en esa búsqueda frenética de satisfactores.

Reconocer en lo humano el germen de lo divino y lo trascendente, es aceptar un origen y un destino que van más allá de nosotros mismos, de lo puramente corporal y terreno. Aquí vislumbro uno de los problemas y, al mismo tiempo, gran desafío en la promoción de la vida y de la dignidad humanas: ver al otro como *sagrado*. De ahí la invitación a descalzarnos antes de acercarnos al otro, porque, como dice la Palabra de Dios: “*la tierra que pisas es sagrada*”.

Aprender a descalzarnos es tomar conciencia del valor y dignidad de cada persona humana, no importando su situación o condición de vida, su credo, sus opciones políticas o sus preferencias sexuales. Y -haciendo un paréntesis- esta corriente cultural gay que se viene imponiendo arbitrariamente, parece querer liquidar lo sagrado, no solo referido al hombre sino a toda religión, al grado de hacer mofa de ello como si se tratara de un simple tabú o de mitos para superar. Al suprimir lo sagrado en el ser humano, la cultura gay justificará todas las expresiones sexuales y terminará eliminando lo sexual del ser humano y su diferenciación, atropellando la dignidad de quien pretende encontrar liberación. En otras palabras, eliminando lo sagrado, lo que consigue es denigrar la dignidad humana haciendo mofa de lo humano, convirtiéndose en esclavos de sus propias ideas. Aun así, seguirán mereciendo nuestro respeto.

A construir la Casita Sagrada se comienza por aprender a descalzarnos ante el Otro y ante los otros que son diferentes a nosotros, sabiendo que son tierra sagrada. Este otro y estos otros son incluso aquellos que promueven la cultura gay, los que promueven leyes a favor de la ideología de género, que se nos va imponiendo, los que, considerándose minoría, exigen derechos y espacios de expresión. Pero digámoslo claramente: descalzarse no es renunciar a las propias convicciones, ni es negar la fuerza de la naturaleza, ni tampoco ir contra lo verdaderamente humano. Y es aquí donde nos aparece otro desafío como creyentes: ¿cómo hacer la propuesta a favor de la vida y la dignidad humanas, sin atropellar la vida y la dignidad de quienes hacen propuestas contrarias, sin traicionar al hombre en su integridad?

Un camino es la propuesta de la Dimensión Episcopal de Vida: “Construyendo la Casita Sagrada”. “*Construyendo*” nos remite a lo operativo, a trabajar con actitud de corresponsabilidad, a dar por sentada la participación de todos y con diferentes recursos. La Casita Sagrada invita a *entrar* para reconocer y valorar la vida y la dignidad humanas. Construir la Casita Sagrada es proponer una visión antropológica adecuada, integral, que reconozca lo trascendente en la persona. Se trata de una propuesta antropológica en cuanto que somos creaturas -pues no nos creamos a nosotros mismos- y en relación con el Creador. Es la propuesta, fruto de una visión humana, pensada, inteligente y creyente a la vez, porque toma en cuenta lo que Dios ha revelado al respecto.

Construir requiere de pasos, iniciar y seguir procesos que se tienen que ir consolidando mediante una propuesta integral desde la formación y el testimonio hasta las propuestas pastorales que incidan en la vida familiar, social y eclesial. El espacio más adecuado para construir esa casita sagrada es la familia; el espacio familiar es donde se despierta con mayor facilidad la sensibilidad hacia lo sagrado y donde se puede formar mejor en el respeto a la vida y a la dignidad humanas. La familia tiene la misión de ir forjando relaciones humanas que lleven a cada uno de sus miembros a valorarse a sí mismos y a los demás; es, la familia, el lugar más adecuado para aprender a descalzarse.

Otra, es presentar y ofrecer una visión más integral en la promoción de la vida y la dignidad humanas. El Papa Juan Pablo II, en *Evangelium Vitae*, nos propone que seamos un pueblo de la vida y para la vida ejerciendo la triple ministerialidad de la vida en la Iglesia y en la sociedad: “La evangelización es una acción global y dinámica que compromete a la Iglesia a participar en la misión profética, sacerdotal y real del Señor Jesús. Por tanto, conlleva inseparablemente las dimensiones del anuncio, de la celebración y del servicio de la caridad. Es un acto profundamente eclesial que exige la cooperación de todos los operarios del Evangelio, cada uno según su propio carisma y ministerio” (EV 78).

Anunciar el evangelio de la vida

“Es necesario hacer llegar el Evangelio de la vida al corazón de cada hombre y mujer e introducirlo en lo más recóndito de toda la sociedad... Ante todo, se trata de anunciar el núcleo de este Evangelio. Es anuncio de un Dios vivo y cercano que

nos llama a una profunda comunión con El y nos abre a la esperanza segura de la vida eterna; es afirmación del vínculo indivisible que fluye entre la persona, su vida y su corporeidad; es presentación de la vida humana como vida de relación, don de Dios, fruto y signo de su amor; es proclamación de la extraordinaria relación de Jesús con cada hombre, que permite reconocer en cada rostro humano el rostro de Cristo; es manifestación del « don sincero de sí mismo » como tarea y lugar de realización plena de la propia libertad” (EV 81).

¿Qué aspectos o elementos del anuncio del evangelio de la vida se ven como los más importantes y apremiantes en la construcción de la Casita Sagrada?

Celebrar el evangelio de la vida

“Urge, ante todo, cultivar en nosotros y en los demás, una mirada contemplativa. Esta nace de la fe en el Dios de la vida, que ha creado a cada hombre haciéndolo como un prodigio (cf. Sal 139 138, 14). Es la mirada de quien ve la vida en su profundidad, percibiendo sus dimensiones de gratuidad, belleza, invitación a la libertad y a la responsabilidad. Es la mirada de quien no pretende apoderarse de la realidad, sino que la acoge como un don, descubriendo en cada cosa el reflejo del Creador y en cada persona su imagen viviente (cf. Gn 1, 27; Sal 8, 6). Esta mirada no se rinde desconfiada ante quien está enfermo, sufriendo, marginado o a las puertas de la muerte; sino que se deja interpelar por todas estas situaciones para buscar un sentido y, precisamente en estas circunstancias, encuentra en el rostro de cada persona una llamada a la mutua consideración, al diálogo y a la solidaridad. Es el momento de asumir esta mirada, volviendo a ser capaces, con el ánimo lleno de religiosa admiración, de venerar y respetar a todo hombre”. (EV 83)

¿Qué aspectos o elementos de la celebración del evangelio de la vida se dejan ver hoy como los más importantes en la construcción de la Casita Sagrada?

Servir el Evangelio de la vida

“En virtud de la participación en la misión real de Cristo, el apoyo y la promoción de la vida humana deben realizarse mediante el servicio de la caridad, que se manifiesta en el testimonio personal, en las diversas formas de voluntariado, en la animación social y en el compromiso político. Esta es una exigencia particularmente apremiante en el momento actual, pues la «cultura de la muerte» se

contrapone tan fuertemente a la «cultura de la vida» y con frecuencia parece que la supera. Sin embargo, es ante todo una exigencia que nace de la «fe que actúa por la caridad» (Gal 5, 6), como nos exhorta la Carta de Santiago: «¿De qué sirve, hermanos míos, que alguien diga: "¿Tengo fe", si no tiene obras? ¿Acaso podrá salvarle la fe? Si un hermano o una hermana están desnudos y carecen de sustento diario, y alguno de ustedes les dice: "Vayan en paz, estén cálidos y coman mucho", pero no les da lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? Así también la fe, si no tiene obras, está realmente muerta» (2, 14-17). En el servicio de la caridad, hay una actitud que debe animarnos y distinguirnos: hemos de hacernos cargo del otro como persona confiada por Dios a nuestra responsabilidad” (EV 87).

¿Qué aspectos o elementos “diaconales” o del servicio al evangelio de la vida son hoy más importantes en la construcción de la Casita Sagrada?

Finalmente, ser refugio no es algo estático sino dinámico; se refugia actuando y construyendo la Casita Sagrada. Al “diseñar” y construir nuestras casas como refugios de la vida y la dignidad humanas, estamos, sí, haciendo que sean seguras y hospitalarias y, a su vez, somos los primeros en ser recibidos y encontrar un lugar seguro para nosotros mismos.

Como agentes de pastoral por la familia y por la vida, actuemos para que las familias sean *refugios* en el los que la vida y la dignidad humanas sean promovidas, valoradas y respetadas. Seamos propositivos; que nuestro lenguaje se desenvuelva en la línea del anuncio, la celebración y el servicio, más que desgastarnos en la sola reacción y denuncia.

Presentemos ante la Virgen de Guadalupe, que nos ha solicitado construir la Casita Sagrada, familias y hogares diseñados y contruidos según el corazón de Dios. Familias cuyos miembros conserven viva la conciencia de su dignidad; que fomenten relaciones humanas y humanizantes y cuyos miembros sepan “quitarse los zapatos” unos ante los otros y al estar en la presencia de Dios. Llevemos al Señor una Iglesia más comprometida con las causas de la vida y un México que pueda celebrar jubilosamente los 500 años del acontecimiento Guadalupano con signos claros y creíbles de ser el pueblo de la vida y para la vida.